

Arturo Gómez

BIBLIOTECAS PASADAS, FUTURAS E INTEMPORALES

En un paisaje del Antiguo Testamento (*Éxodo, 32, in fine*), leemos que Moisés pide al Señor que lo borre de Su libro, si no perdona al pueblo de Israel el grave pecado de haber adorado a un becerro de oro. Moisés (supongo) se refiere a aquel libro que está constantemente ante nosotros, del que cada uno formamos parte, en el que todos estamos escritos —la Gran Biblioteca, el universo. Éste, y el texto de las Escrituras, que alguna vez se llamó *Divina Bibliotheca*, serían los dos libros que Dios compuso. En la *azora XIII del Korán*, se lee que Alá hizo bajar el original (*Ummu-L-Kitab*, "La Madre del Libro") del cielo, por mediación de Mahoma para que sirviera de norma a los hombres. El *Korán*, biblioteca del Islam, es el origen y modelo de todos los demás libros; los musulmanes lo reverencian y estudian y admiten como mensaje directo del cielo, al que debe adaptarse todo lo terreno.¹ El enigmático *Corpus Hermeticum* está formado con los fragmentos de una biblioteca que comprendía todas las cosas, atribuida a Hermes Trismegisto, deidad en la que se combinaban el dios egipcio Thoth, escriba de los dioses, inventor de la escritura, maestro de alquimia, astrología y demás conocimientos esotéricos,² y el griego Hermes, mediador por excelencia entre dioses y hombres. Un hijo de Apolo, el legendario Orfeo, escribió para los griegos un conjunto de libros sagrados en los que revelaba su ciencia mágica y su doctrina secreta; los impíos tiranos que después gobernaron la Tracia los quemaron, destruyeron los templos órficos, desterraron a los discípulos. Humano y divino como Orfeo y como él, el Quetzalcóatl americano descendió a los infiernos de donde volvió con la semilla de la vida, obsequió a los hombres con el conocimiento de las artes y las ciencias y les enseñó el manejo del calendario; los libros en que se le rendía culto, los templos

y los sacerdotes también fueron borrados. En el octavo canto de *La Odisea*, Homero pone en labios de Alcínoo la memorable sentencia de que los dioses envían desdichas a los hombres, para que a los venideros no les falten temas para sus cantos. Otra mención del universo como biblioteca divina y de los sirve para ilustrar esta heterogénea e incompleta relación, se encuentra en un fragmento de un poema indígena de Nezhualcóyotl, señor de Tezcoco (versión de Miguel León-Portilla):

*Con flores escribes, Dador de la vida,
con cantos das color,
con cantos sombreas
a los que han de vivir en la tierra.
Después destruirás a águilas y tigres,
sólo en tu libro de pinturas vivimos,
aquí sobre la tierra.*

Menos vastas y menos complejas son las bibliotecas de los hombres. No obstante, su historia no carece por completo de interés.

La invención de la escritura y por consiguiente, la creación de bibliotecas, coincide con el surgimiento de grandes imperios en Mesopotamia y Egipto. La palabra escrita, en manos de la casta sacerdotal, ejercía un mágico poder sobre los miembros de la comunidad, y sirvió a aquélla, durante siglos, como instrumento de opresión.³ No es de ninguna manera casual que las bibliotecas hayan estado, durante mucho tiempo, estrechamente asociadas a la Iglesia.

La más famosa y conocida de las mesopotámicas es la Biblioteca Real de Nínive, formada con miles de tablillas de arcilla, impresas con caracteres cuneiformes. Perteneció a Asurbanipal (c. 670-c. 630 a.C.), monarca asirio que distraía sus ocios con la literatura y las cacerías de leones, y de quien se han conservado sorprendentes relatos autobiográficos: *Sé leer los textos de las antiguas escrituras de Sumer y el oscuro lenguaje de Akad. A veces he sentido cólera porque no podía comprender las inscripciones de tiempos anteriores al Diluvio.*



¹ Que no dudan de su infabilidad lo prueba que tienen mezquitas en las que treinta turnos de sacerdotes lo leen completo diariamente.

Se habla de doctores que lo leyeron setenta mil veces.

² "Thoth, dios de las bibliotecas, un dios pájaro, coronado de luna. Y yo escuché la voz de ese sumo sacerdote egipcio." Dice misteriosamente Stephen Dedalus en el *Ulysses* de James Joyce.

³ Cf. "El fin de la edad de oro y el comienzo de la escritura", en el reciente ensayo de Octavio Paz: *Claude Lévi-Strauss o el nuevo festín de Esopo*, en el que se menciona al cosmos como un poema circular

del que somos signos, cifras.

⁴ Influencias de estas doctrinas (o analogías) se encuentran en las obras medievales conocidas como *De Arte Moriendi*. Se ha hablado de un "Libro mexicano de los muertos", representado en la última parte de un códice azteca que conserva la Biblioteca del Vaticano (Cf. Lewis Cpenca, *The Myths of Mexico & Peru*, London, 1914.)

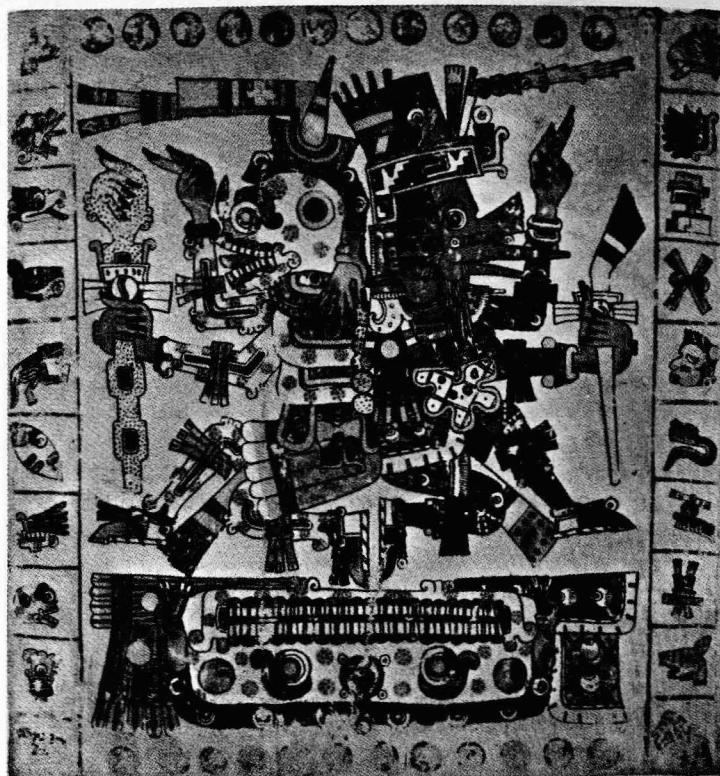
⁵ "...Nine days he feasted, and nine bulls he slew.
But when the tenth bright morning orient glow'd,
the faithful youth his monarch's mandate show'd:

Montaba a caballo alegremente e iba contento a mis apeaderos de caza. Sostenía el arco y la flecha volaba con gran poder... De ambas aficiones de Asur-Bani-Pal, guarda preciosos testimonios el Museo Británico.

Anterior a la de este rey asirio, pero menos tangible, es la biblioteca que Ramsés II fundó en Egipto (c. 1300 a.C.). De los preciosos papiros que seguramente custodiaban celosos sacerdotes, nada ha quedado; únicamente sabemos gracias a Diodoro Sículo, quien lo refiere en su *Biblioteca histórica*, que ostentaba en su entrada la inscripción "Remedios para el alma", y que se encontraba en el Ramasseum de Tebas, lugar en que abundaban templos, estatuas, obeliscos y mausoleos, al que se llegaba por una calzada guardada por seiscientas esfinges, y en donde se dice que Moisés (Hosarsiph) se inició en los misterios de Isis y Osiris.

Papyrus ergo nascitur in palustribus Aegypti... dice Plinio (*Naturalis Historiae*, XIII), al iniciar el capítulo en que describe, con todo detalle, la historia del uso del papiro, su manufactura, variedades, etc. Este temprano descubrimiento egipcio fue admirablemente aprovechado por griegos y romanos, que llegaron a importar enormes cantidades para usarlo como medio de conservar la escritura, y su empleo se extendió aún hasta la Edad Media. A pesar de su fragilidad y del continuo uso a que estaban expuestos, un gran número de rollos de papiro egipcios ha sobrevivido hasta nuestros días, gracias al clima seco del país y a las costumbres religiosas de sus habitantes que acompañaban a sus muertos con rollos de instrucciones para el otro mundo. Éstos se conocen ahora con el nombre de *Per em hru* o *Libro egipcio de los muertos*, pariente cercano del *Bardo Thödol* o *Libro tibetano de los muertos*; ambos se usan como guía para el alma durante el ciclo comprendido entre la muerte y la siguiente reencarnación.⁴ Las mayores colecciones de papiros egipcios se encuentran en bibliotecas inglesas, en el Museo de Berlín y en el de El Cairo; existen ejemplares hasta del siglo III a. C. Otros materiales se usaron antes para conservar la palabra escrita; la piedra es, quizá, el más antiguo: el Código de Hammurabi (Museo de Louvre), vigente en Babilonia alrededor de 2000 a. C., y las Tablas de Moisés, corresponden a ese tipo de inscripciones; a los iniciados en los misterios de Eleusis, el hierofante les leía cosas (sagradas) que estaban grabadas en tablas de piedra, y que juraban no repetir ni escribir en parte alguna. Sabemos que tablillas con inscripciones existían en la Creta del fabuloso rey Minos y en la Micenas de antes de Agamenón; Homero confirma que éstas se usaban antes del periodo troyano (c. siglo XII a. C.); refiere en el sexto canto de *La Ilíada* el encuentro entre Glauco y Diomedes, quienes en nombre de la amistad que unió a sus padres, suspenden el combate mientras el primero relata que uno de sus antecesores es el héroe Belerofonte, quien fue enviado a la Licia por Petro, rey de los argivos, con unas tablillas selladas en las que se ordenaba su muerte; a su llegada Belerofonte fue agasajado durante nueve días por el suegro de Petro, quien al décimo pidió que le mostrara el funesto mensaje,⁵ al ver el cual el rey ordenóle luchar con la Quimera primero, con los solimos después y finalmente con las amazonas, empresas todas de las que salió victorioso; comprendiendo el monarca que era un ser de naturaleza divina, dióle una de sus hijas en casamiento y compartió con él la realeza.

China ocupa un lugar destacado e independiente en la historia de los libros y las bibliotecas. A ello contribuye el que entre los múltiples inventos chinos se encuentren el del papel y la imprenta con tipos de madera. Representaciones en diversos materiales, como conchas de tortuga y huesos, de ideogramas o caracteres que designaban al libro, permiten suponer que éste existía desde los últimos tres siglos de la dinastía Chang (c. 1400-c.



1123 a. C.). Los primitivos libros chinos se hacían con tablillas de madera o de bambú, sujetos con correas de cuero o cuerdas de seda. Estos libros, de los que Confucio se servía para estudiar el *I Ching* o *Libro de las mutaciones*, que encierra la doctrina de los principios opuestos y complementarios *yin* y *yang*, se usaron durante muchos siglos. Cuenta la tradición que el célebre filósofo Lao-Tsé, fundador del Taoísmo y autor del *Tao Te Ching* o *Libro del Sendero y de la Línea Recta*, era el bibliotecario en la corte real de la dinastía Chou, cargo que abandonó alrededor de 517 a. C. para viajar hacia occidente, donde desapareció sin dejar rastro. Tres siglos más tarde, Shih Huang Ti, de la dinastía Ch'in, el emperador que hizo construir la Gran Muralla, trató de abolir el pasado y ordenó que se quemasen los libros anteriores a su época; se hizo llamar Primer Emperador y decretó que la historia empezara con él. Se cuenta que quienes ocultaban libros eran marcados con un hierro candente y obligados a trabajar en la construcción de la muralla.⁶ En 105 d. C., Ts'ai Lun empezó a fabricar hojas de papel, mezclando corteza de morera, cáñamo, telas y redes de pescar viejas. De China, en donde se inventó en los inicios de la era cristiana, el arte de la impresión pasó a Japón, país en el que en 770 d. C. la emperatriz Shotoku hizo publicar un millón de copias de una hoja de oraciones, proyecto que requirió seis años de trabajo. El Museo Británico conserva un ejemplar del *Diamond Sutra*, libro de aforismos budistas, impreso en China en 868 de nuestra era; se trata de un rollo de papel con texto e ilustraciones impresos con bloques de madera. La necesidad de encontrar rápidamente un pasaje de un texto sin tener que desenrollar varios metros de papel, y la imitación de los libros sagrados de la India (hechos con largas hojas de palmeras unidas entre sí por un bramante), llevó a los chinos a idear libros que se ataban o unían por sus cortes o cantos, lo que les daba forma de acordeón; éstos se adoptaron tan rápidamente, que el autor árabe Mohamed Ibn Ishaq observaba en 989 d. C., que los chinos escribían sus libros en hojas de papel que se abrían en forma de biombo; de tales libros hay algunos ejemplares entre

*The fatal tablets, till that instant seal'd,
the deathful secret to the King reveal'd...*,
dice la versión de Alexander Pope.

⁴ Cf. J. L. Borges, "La muralla y los libros", en los imprescindibles relatos que integran *Otras inquisiciones* (1960). Otro intento similar (e igualmente vano) es el que promovió el rey azteca Itzcóatl, quien hacia 1428 juzgó que la historia debía comenzar con el Imperio azteca, y ordenó la destrucción de los archivos que se referían al pasado.

⁷ A. Reyes, *La crítica en la Edad Ateniense*, 1941.

⁸ En *Caesar and Cleopatra* de Bernard Shaw, Teodoto, preceptor de Tolomeo Dionisio, corre a avisar a César que con la Biblioteca está ardiendo la memoria de la humanidad. Éste responde: *Déjala que arda. Es una memoria de infamias*. Borges ("Del culto de los libros", en *Otras inquisiciones*) observa que esto no es un sacrilegio, ya que para los antiguos la palabra escrita sólo era un sucedáneo de la oral. Añade que es fama que Pitágoras nunca escribió (Sócrates tampoco) por tener más fe en la virtud de la instrucción hablada, y que Jesús, el mayor de los maestros orales, una sola vez escribió palabras en la tierra

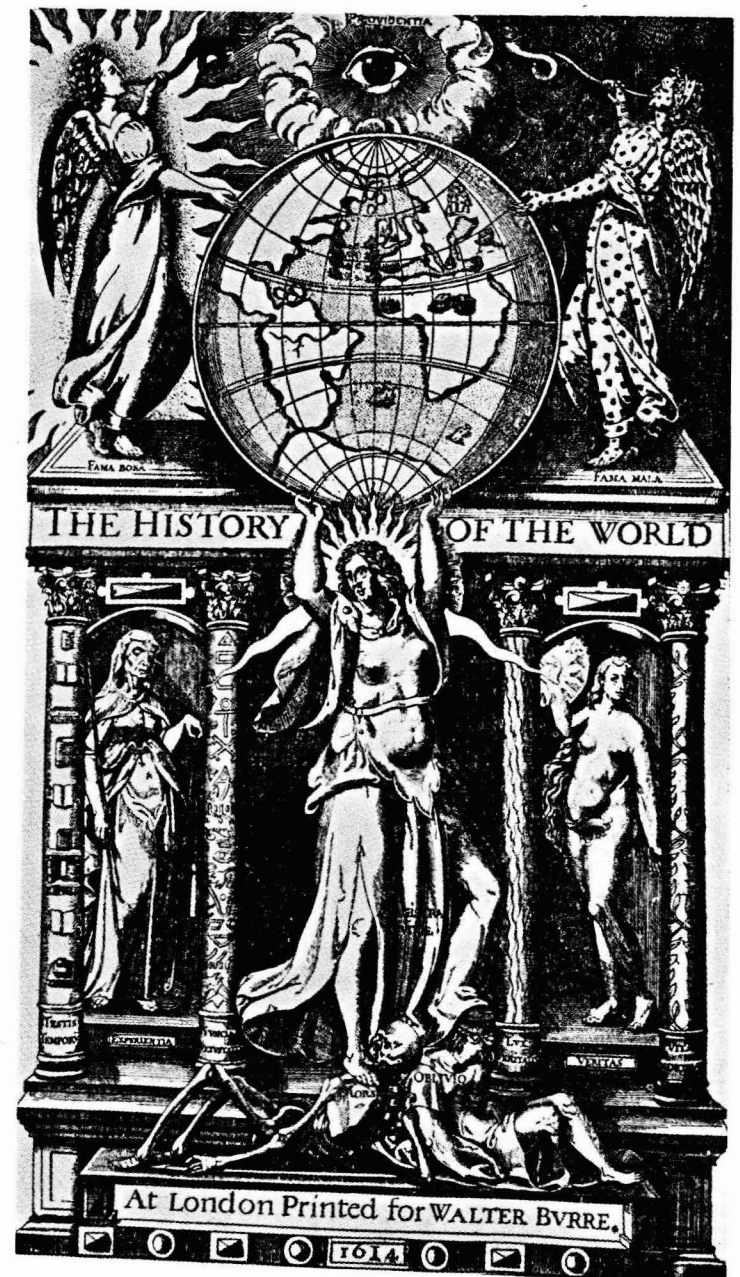
los 15,000 manuscritos (del siglo v a fines del x), que provienen de la biblioteca tapiada de las grutas de Tuen Huang, y que hoy se hallan repartidos entre las Bibliotecas Nacionales de París y Pekín, y el inevitable Museo Británico.

En Grecia, el empleo de rollos de papiro se remonta al siglo vi a. C.; son frecuentes las representaciones de este tipo de libros en esculturas, relieves y otras obras de arte. Los ejemplares más antiguos que han llegado hasta nosotros, son en su gran mayoría fragmentos de *Ilíadas* y *Odiseas*. De libros y bibliotecas griegos —y romanos—, poseemos valiosos datos recogidos por Alfonso Reyes en amenos y reveladores volúmenes. Las más antiguas colecciones se atribuyen a Pisístrato, tirano de Atenas, y a Polícrates, tirano de Samos. Famosas son las que poseyeron las grandes escuelas de filosofía, sobre todo la Academia platónica y el Liceo aristotélico. De Platón sabemos que su afición a los libros era tanta, que llegó a pagar elevadas sumas por manuscritos pitagóricos. A Aristóteles corresponde el honor de haber fundado la primera biblioteca moderna; organizada metódicamente y de fácil consulta, servía a los discípulos del Liceo peripatético y encerraba la enciclopédica obra del filósofo de Estagira; su plan serviría de modelo a la futura biblioteca de Alejandría; se dice, incluso, que Aristóteles poseía manuscritos orientales, obsequiados por su discípulo Alejandro, "...si fue verdad, ya se ve que no les hizo caso".¹⁷ El destino de los libros aristotélicos es confuso: a la muerte del filósofo pasaron a manos de su discípulo Teofrasto, junto con la dirección del Liceo; éste a su vez los legó a Neleo, quien los llevó de Atenas a la Tróada; parece que anduvieron por algún tiempo entre las bibliotecas de Pérgamo y Alejandría; los encontramos de nuevo en Atenas por el siglo i a. C., de ahí fueron llevados por Sila a Roma, donde los consultaron y copiaron humanistas latinos. Rodas, Corintio, Halicarnaso y Éfeso, entre otras ciudades griegas, contaron con buenas bibliotecas. El rastro se pierde y sólo volvemos a saber de ellas en los días del emperador Adriano (76-138 d. C.) que fundó una en Atenas, más famosa por sus cien columnas de mármol, el oro y alabastro con que estaba decorada, que por los libros que debe haber poseído. Quemaderos de libros también padecieron las bibliotecas griegas: en 411 a. C., en Atenas, se entregaron públicamente al fuego los del sofista Protágoras, autor de aquello de "el hombre es la medida de todas las cosas..." y actor principal del *Protágoras* de Platón; se llegaron a confiscar ediciones que estaban en manos de particulares.

Maravilla de la antigüedad, arquetipo de futuras bibliotecas centro de la cultura helénica, la Biblioteca de Alejandría se funda hacia el año 300 a. C. en la ciudad en que oriente y occidente se tocaban, por Tolomeo I (Sóter), y bajo la tutela de Demetrio Faléreo, Liberto, discípulo del Liceo peripatético, compañero de Teofrasto y regente de Atenas durante diez años. La organiza definitivamente el hijo de Sóter, Tolomeo II (Filadelfo), quien la enriquece con el museo adjunto; contaba con amplias galerías, salas para reuniones y conferencias, observatorios, jardines botánicos, salas de disección, y como a nuestras modernas bibliotecas, la adornaban estatuas de filósofos y poetas; llegó a albergar 700,000 volúmenes y los Tolomeos no escatimaron medios para enriquecerla; se confiscaba cuanto libro llevaban a bordo los barcos que llegaban al puerto, y una vez copiados se entregaban las copias a los propietarios; cuando Eumenes II trató de llevar a Pérgamo a Aristófanes de Bizancio, director de la biblioteca alejandrina, Tolomeo V (Epifanes), lo mandó encarcelar para frustrar el intento del pergamense. La historia de la destrucción de la Biblioteca de Alejandría es difícil de seguir y está plagada de leyendas. Parece que una buena

parte se quemó cuando César se apoderó de la ciudad en 47 a. C.,⁸ y lo demás pereció en subsecuentes catástrofes. Una conocida conseja, transmitida por el historiador árabe Abu'l-Faraj, cuenta que la Biblioteca fue destruida en 641 d. C. cuando el califa Omar conquistó Alejandría. Omar razonó que toda afirmación escrita que confirmase al *Korán* era superflua, y que cualquiera que lo contradijese, no debía tolerarse;⁹ los volúmenes (se dice) sirvieron para calentar el agua de los 4,000 baños de la ciudad durante seis meses.

No menos ilustre, la Biblioteca de Pérgamo fue fundada una centuria después de la de Alejandría y para competir con ella. Eumenes II (197-158 a. C.), hizo a Egipto considerables pedidos de papiro para enriquecerla; Tolomeo Epifanes, envidioso de la importancia que podía llegar a adquirir tal institución, prohibió la exportación de ese material, obligando a Eumenes a recurrir al pergamino para copiar sus libros, producto que obtuvo así su nombre de la ciudad en que floreció su manufac-



que no leyó ningún hombre (*Juan*, 8:6). Novalis (*Fragmentos*) piensa que el mundo de los libros no es más que una caricatura del mundo real, y que éstos han venido a ser una moderna e importante especie de seres históricos, que van ocupando el lugar de las tradiciones.

⁹ Ralph Waldo Emerson (*Hombres representativos*, II) propone que la alabanza que Omar tributó al *Korán* se aplique a la obra de Platón, de quien "proceden todas las cosas que aún escriben y discuten los pensadores".

¹⁰ El *Zend Avesta*, libro sagrado de los persas, fue escrito, según

éstos, sobre pieles de cordero, con un estilete templado al fuego, por Zoroastro o Zaratustra, a quien se lo reveló Ormuz unos seis siglos antes de nuestra era. Otro pueblo que usó pieles para sus libros fue el de los hebreos; lo confirma el reciente descubrimiento de los rollos litúrgicos y bíblicos del Mar Muerto, redactados en la época de Cristo por la secta de los esenios.

¹¹ La confección de estos códices fue práctica común en la Edad Media, San Jerónimo la condena en su prefacio al *Libro de Job*, por considerar que es un lujo innecesario. Un ejemplar de esta clase de

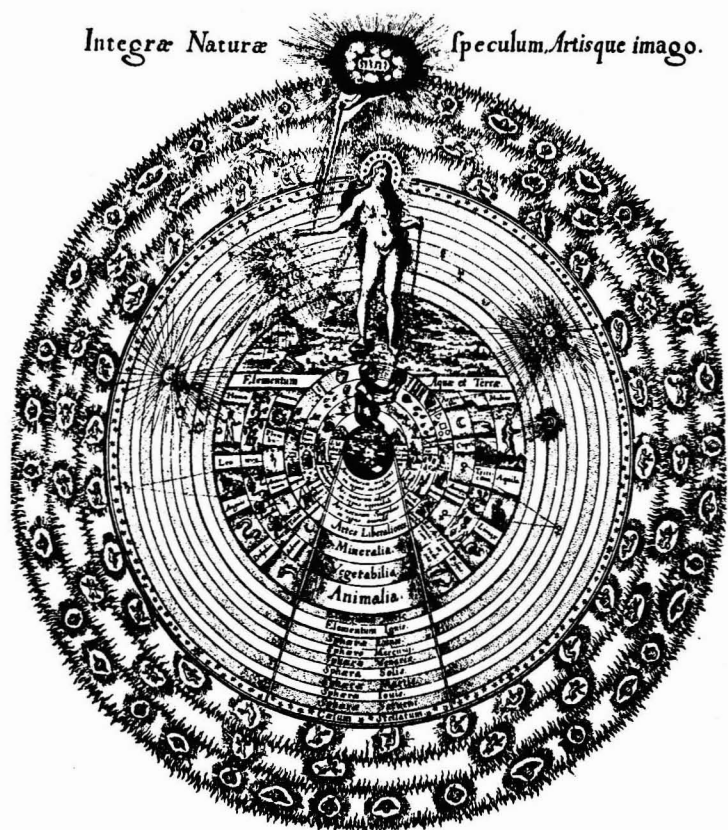
tura. Aun cuando Plinio refiere que el pergamino, hecho de cuero de res, fue descubierto en Pérgamo, sabemos que hay menciones de su uso de mucho tiempo atrás; en Egipto, por ejemplo, se habla de él desde la cuarta dinastía faraónica, hacia 1500 a. C.¹⁰ De cualquier modo su uso se generalizó rápidamente debido a ciertas ventajas sobre el papiro: su mayor resistencia, sobre todo para obras de consulta frecuente, que podía escribirse por ambos lados, etc. Plutarco recoge un rumor que refiere que Antonio fue acusado ante el Senado de hacerle cosquillas en los pies a Cleopatra en un convite y en presencia de muchas personas importantes, y de haberle obsequiado los 200,000 volúmenes de la Biblioteca de Pérgamo para la alejandrina.

Tras la decadencia de Grecia, Roma sucumbe a la mágica influencia de la cultura helénica y asiste a una extraordinaria difusión del libro. Los victoriosos generales romanos regresan a su ciudad con grandes colecciones en calidad de botín. A César corresponde el haber planeado la primera biblioteca pública para Roma, proyecto que la muerte le impidió realizar. Lo lleva a término Asinio Polión en 39 a. C. con el botín de su campaña en Dalmacia. Augusto (63 a. C.-14 d. C.) funda la Biblioteca Palatina y la del Pórtico de Octavia, ambas destruidas por las llamas en los siglos II y III d. C. En tiempos de Constantino (287-337 d. C.) había 28 bibliotecas públicas en Roma; todas las provincias y hasta pequeñas poblaciones contaban con una o varias. En la época imperial todo romano culto se preciaba de poseer una biblioteca; no había villa o casa de campo que no poseyera una. Los esclavos que sabían griego eran muy solicitados como copistas; Séneca relata que se pagaban grandes cantidades por estos *servus literatus*. Son frecuentes las alusiones a las colecciones de Cicerón, Tácito y Luciano. Una biblioteca privada fue desenterrada a mediados del siglo XVIII en Herculano, aquella ciudad que con Pompeya desapareció bajo la lava

del Vesubio en 79 d. C. Se encontraron 1,800 rollos carbonizados, que, restaurados hasta donde fue posible, hoy custodian la Biblioteca Nacional de Nápoles y la Bodleiana de Oxford. Al propio Augusto, a Tiberio y a Domiciano se les imputa el haber ordenado quemaderos públicos de cuantas obras les disgustaban. Del último se dice que hacía matar a palos a los autores y que mandaba crucificar a los editores y copistas. Las bibliotecas públicas y privadas de Roma desaparecieron con la disolución del Imperio romano de occidente y con las irrupciones de tribus bárbaras germánicas.

En el siglo IV se traslada a Constantinopla la sede del Imperio; con los despojos de las demás comarcas se enriquecen las bibliotecas de esta ciudad que entonces se llamaba Bizancio, antes Nueva Roma y hoy Estambul. Célebre por sus tesoros, la que fundó Teodosio el Joven contenía manuscritos de un lujo que nunca se había visto antes. En ella había empleados varios copistas bajo las órdenes de un bibliotecario llamado Ecuménico a causa de sus vastos conocimientos. Entré sus joyas se mencionan libros escritos con tinta de oro y plata, sobre vitela (*in membranis*) —pieles de becerro o cordero nonato o recién nacido—, encuadernados con placas de metales preciosos y decorados con pedrería.¹¹ El sucesor de Teodosio, el iconoclasta León III, hizo poner fuego a la biblioteca en 730, quemando al mismo tiempo libros, bibliotecario ecuménico, copistas e imágenes.

Durante la Edad Media, el manejo de libros queda, casi exclusivamente, en manos de la Iglesia. Numerosos monasterios se erigen, en los que se refugia la afición a las letras y al estudio, y se salvan de la destrucción infinidad de obras clásicas. Precursora de las bibliotecas cristianas, Orígenes establece una en Cesarea alrededor del año 250. En el siglo VI, Casiodoro en Vivarium y San Benedicto en Monte Cassino, fundan bibliotecas cuya influencia será decisiva en la historia de la Iglesia. Florecen escritores cristianos como el mismo Orígenes, Pánfilo de Cesarea, Tertuliano, San Agustín y San Jerónimo. Pacientes monjes copian a los clásicos, las Escrituras, obras teológicas, libros de horas, etc. El Islam refuerza este auge de las letras; versiones árabes de autores griegos se suceden y van a dar a las bibliotecas de Bagdad, El Cairo, Córdoba, Toledo y Granada. La creación de universidades en los siglos XIII y XIV en Bolonia, París, Oxford, Cambridge, Salamanca, Praga, Viena, Heidelberg y Cracovia, arrebató a las bibliotecas monásticas parte de su *raison d'être*, y éstas empiezan a perder su original vitalidad. Las nuevas universidades y colegios establecen bibliotecas casi en sus inicios; muchas de ellas son el embrión de importantes colecciones actuales. A esta actividad corre pareja la de la censura, ejercida por los padres de la Iglesia contra los libros considerados heréticos. Ya en 325 y 333 se ordena la quema de los libros de Arrio, fundador de la doctrina que lleva su nombre. En 400, Teófilo, patriarca de Alejandría, condena las obras de Orígenes. Ocho siglos después se instituye la Inquisición. El primer "Índice" de libros prohibidos se imprime en 1559; cinco años más tarde Pío IV publica el del Concilio de Trento, al que se añaden las reglas generales que regulan la censura (en ese mismo Concilio se dota de alma a las mujeres); se ve venir ya el *Index Librorum Prohibitorum*. La censura se ejerce no sólo contra los libros; escritores, impresores y libreros corrían peligro de morir en la hoguera. Tal el caso de Esteban Dolet, tipógrafo que alternaba ediciones de Virgilio y Cicerón, con la difusión de obras de Calvino y opúsculos de Melanchton, que por otra parte eran éxitos seguros de librería, lo que le costó ser quemado vivo con todo y sus libros el 3 de agosto de 1546 en Lyon.

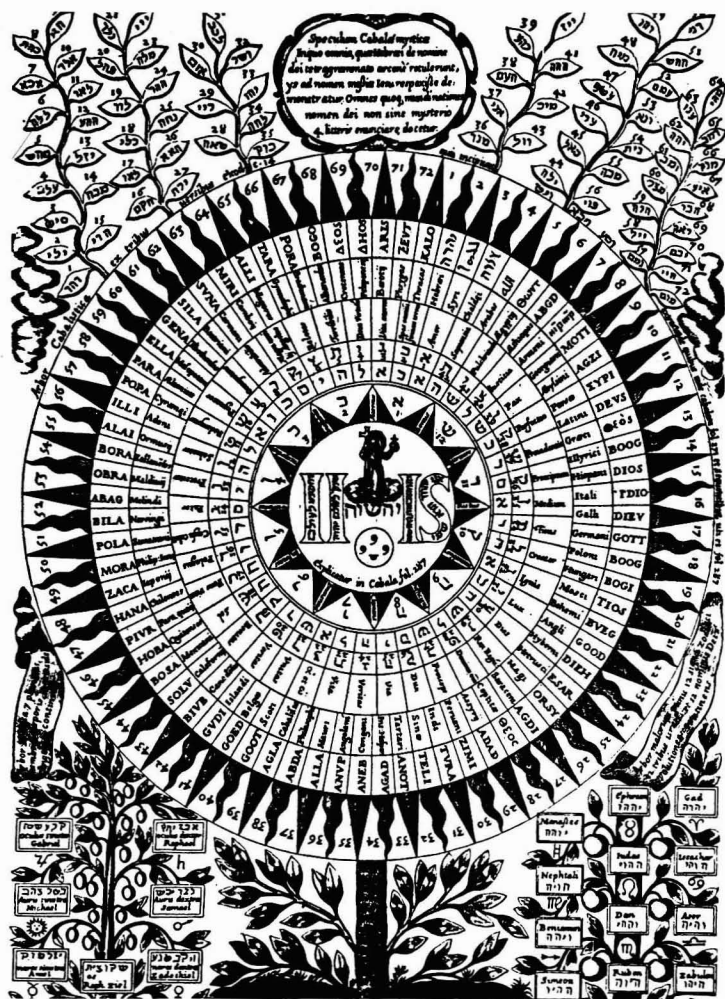


libros puede admirarse en la Biblioteca de la Universidad de Upsala, la más importante de Suecia; se trata del *Codex Argenteus* (vitela color cereza con letras y encuadernación de plata) que contiene fragmentos de la Biblia gótica que Ulfilas (311-381), obispo de los godos, tradujo para su pueblo. Antes de emprender la traducción, Ulfilas tuvo que inventar el alfabeto en que la escribiría y que se llamó *ulfilano* o maeso-gótico. En el templo Dalado Maligava en Kandy, donde se conserva y venera un diente de Buda, se guardan (cuenta Jung) textos sagrados inscritos en folios de plata.

¹² Ángel María Garibay K., *Historia de la literatura náhuatl*, 1953.

¹³ Con el mismo sentido que los *equipos* incas, se dice que los hurones o iroqueses de la América del Norte, elaboran sargas de conchas a las que llaman *wampum*.

Aparatos que sirven para obtener vastos conocimientos, también han sido ensayados o imaginados en el pasado. A fines del siglo XIII, el célebre alquimista catalán Raimundo Lulio trató de encontrar las más recónditas claves del universo, con la ayuda de una armazón de discos concéntricos, a la que llamó *Ars Magna*, y en la que escribió símbolos



Humanistas como Dante, Boccaccio y Petrarca, inician un nuevo movimiento que se caracteriza por el interés en recobrar y purificar los textos clásicos; éste coincide con la tardía adopción en Europa del papel chino, a través de los árabes que se apresuraron a establecer la primera fábrica en Játiva, población cercana a Valencia, y con la aplicación de la imprenta con tipos móviles de metal por Gutenberg, a mediados del siglo xv; acontecimientos que precipitaron la producción librea al grado de que se imprimieron más ejemplares en los cincuenta años siguientes, que los que arduamente habían sido copiados en las precedentes centurias. Aparecen mecenas que fomentan el estudio de las letras y se erigen importantes bibliotecas, entre otras, la Laurentiana en Florencia, la Ambrosiana en Milán, la Apostólica Vaticana y la Bibliothèque Nationale de París.

Los indígenas americanos no iban a la zaga en la elaboración de instrumentos para perpetuar el pensamiento. Pencas de maguey maceradas, algodón, fibras de palma y cortezas de árboles se empleaban en la manufactura del papel, al que llamaron *amatl*, sobre el que se dibujaban ideogramas e incipientes fonemas, con tinta elaborada a base de pigmentos vegetales y minerales. Pueblos sometidos a la tiranía azteca entregaban a manera de tributo grandes cantidades de este papel indígena a los reyes mexicanos. Bibliotecas sostenidas por el Estado funcionaban en las principales poblaciones aztecas y probablemente en las mayas; los asombrados conquistadores bien temprano lo testimoniaron en sus Crónicas. Así consta en un conocido pasaje de la puntual relación que Bernal Díaz del Castillo hace en su verídica *Historia* (cap. XLIV, hacia el fin): *E hallamos las casas de los ídolos y sacrificaderos, y sangre derramada e inciensos con*

*que sahumaban, y otras cosas de ídolos y de piedras con que sacrificaban, y plumas de papagayos, y muchos libros de su papel, cogidos a dobleces, como a manera de paños de Castilla. Acerca de los códices mayas, cuyo significado aún no ha sido posible descifrar, Fray Diego López Cogolludo nos proporciona noticias en su *Historia de Yucatán* (siglo xvii): *En tiempo de su infidelidad tenían los indios libros de cortezas de árboles, con un betún blanco, y perpetuo, de diez y doce varas de largo, que le cogían doblándolos como un palmo. En éstos pintaban con colores la cuenta de sus años, las guerras, inundaciones, huracanes, hambres y otros sucesos. Sin la protección que recibieron los papiros de Egipto, en "el México Central de la mendaz, perpetua primavera",¹² los frágiles y endeble libros prehispánicos fueron devorados por el agua, el sol y la segura y eficaz labor del tiempo. Otros perecieron en las hogueras de los conquistadores y los menos fueron enviados por éstos y sus sucesores al Viejo Mundo, donde hoy decoran los anaqueles de ilustres bibliotecas.**

La caducidad del libro, tal como lo conocemos, y su inevitable sustitución por los más extraños artefactos imaginable, es tema grato a los escritores de anticipación. Descripciones de libros parlantes, complicados aparatos que introducen conocimientos a manera de transmisores del pensamiento, agujas hipodérmicas que inyectan bibliotecas enteras en el cerebro del paciente, etc., abundan en los modernos relatos de literatura fantástica. No menos extraños son los medios ideados por los indígenas del Perú para registrar el pensamiento. Las bibliotecas incas se formaron con *quipos*, ramas horizontales a las que se sujetaban lazos de distintos colores, y que anudados de modos diversos, resultaban inscripciones que expertos encargados describían como claves. Se les empleó primero para contar, y se desarrollaron al grado de comunicar decretos enteros. A principios del siglo xvii, el Inca Garcilaso de la Vega narró en sus *Comentarios reales*: *... y como si los nudos fueran letras, eligieron historiadores y contadores, que llamaron quipocamayú, que es el que tiene cargo de los nudos, para que por ellos y por hilos, y con el favor de los cuentos y la poesía, escribiesen y retuviesen la tradición de sus hechos. Esta fue la manera de escribir que los Incas tuvieron en su República.*¹³

Las bibliotecas del futuro ya han sido también objeto de furiosas depredaciones; en un relato de Ray Bradbury ("Usher II", de *Crónicas marcianas*, 1946), se habla de la "Gran Hoguera", efectuada en 1975, en que en nombre de la política, de la religión, de los intereses profesionales y hasta de la realidad, se quemaron obras terroríficas de Poe, Hawthorne, Bierce y muchos más; este movimiento empezó a gestarse en la década de los sesentas, cuando se registraron aisladas quemaduras de libros en diversas ciudades. En *Fahrenheit 451* (1953), la humanidad presencia una nueva etapa de oscurantismo, en la que la labor de los bomberos consiste en incinerar bibliotecas; los aficionados a los libros, que son perseguidos implacablemente, deben aprender de memoria las obras de sus autores predilectos, y convertidos en hombres-bibliotecas esperan el advenimiento de un nuevo Renacimiento. *Canticle for Leibowitz* (1955), de Walter M. Miller relata la dura labor que llevan al cabo los monjes de la Orden Albertina, quienes en el siglo veintisiete, en su monasterio de Utah, pacientemente copian en pergaminos y tratan de interpretar la *Summa Theologica* y valiosos fragmentos de la *Encyclopaedia Britannica*, residuos dejados por el "Diluvio de Llamas", al que siguió la "Edad de la Simplificación", en la que se quemaron los archivos y bibliotecas de la tierra.

En la segunda mitad del siglo xviii, el místico escandinavo Emmanuel Swedenborg, autor de infinidad de obras científicas y literarias, asombraba a los flemáticos londinenses en conferen-

y palabras en latín. Cinco siglos después, Jonathan Swift (*Viajes de Gulliver*) describe una academia, en uno de cuyos salones un profesor pretende componer obras de filosofía, política, matemáticas y teología, mediante un gigantesco bastidor de madera y metal que combina indiscriminadamente todas las palabras de su idioma en sus diferentes modos, tiempos y declinaciones. Los tibetanos utilizan máquinas de rezar que consisten en ruedas o cilindros, con tiras de papel en las que están escritas palabras mágicas, y que se hacen girar manualmente, con el agua o el viento como los grandes molinos. Arthur C. Clarke, astróno-

mo inglés, en "Los nueve mil millones de nombres de Dios", imagina, en un futuro no muy lejano, un monasterio tibetano en el que se aprovecha la electricidad para hacer girar los molinos de oraciones; los monjes adquieren una computadora electrónica que se encarga de calcular todos los nombres posibles de Dios, y se cumpla así la misión de la especie sobre el planeta.

¹² Versión de J. L. Borges, "Un teólogo en la muerte", en *Historia universal de la infamia*, 1935.

¹³ Borges sintetiza: En rigor [dice] bastaría con un solo mono

cias donde narraba las enseñanzas que había adquirido de su trato con los ángeles. De sus experiencias se desprendía que el cielo y el infierno eran más estados de ánimo, que establecimientos de premio y de penas. En el cielo de Swedenborg podemos tener bibliotecas si nos place; así en su libro *Arcana Coelestia*, refiere que los ángeles le comunicaron que cuando falleció el teólogo Melancthon, imperceptiblemente se fue al otro mundo con todo y biblioteca: *...le fue suministrada una casa ilusoriamente igual a la que había tenido en la tierra. (A casi todos los recién venidos a la eternidad les sucede lo mismo y por eso creen que no han muerto.) Los objetos domésticos eran iguales: la mesa, el escritorio con sus cajones, la biblioteca...*¹⁴ Contemporáneo y admirador de Swedenborg, William Blake, poeta, grabador, profeta, reprochaba a aquél, sin embargo, su parcialidad en consultar únicamente a los ángeles, y no atender como él a lo que decían los demonios. Blake en una "Visión memorable" de *Las Bodas del Cielo y el Infierno*, uno de sus *Libros Proféticos*, parodia las "Relaciones memorables" del *De Coelo et Inferno* de Swedenborg y describe su visita a una imprenta y biblioteca del infierno: *Me encontraba en una imprenta del Infierno, y vi el método por el cual el conocimiento es transmitido de una generación a otra... En la cuarta cámara había leones de fuego que rondaban enfurecidos y fundían los metales en flúidos vivientes. En la quinta cámara había formas inanimadas que arrojaban los metales al espacio. Dichos metales, que eran recibidos por hombres que ocupaban la sexta cámara, tomaban la forma de libros y eran colocados en bibliotecas...* Y añade líneas después: *Tengo también la Biblia del Infierno, que el mundo tendrá, quiéralo o no lo quiera.*

La vasta y concisa obra de Jorge Luis Borges, cuya lectura invalidaría la de buena parte de la de estas notas, encierra, a más de otros numerosos deleites, libros absolutos, libros arquetípicos, libros que son laberintos, libros que contienen su contralibro, libros circulares de lomo continuo, enciclopedias de planetas ilusorios, bibliotecas que comprenden todos los libros posibles... El examen de la misma me ha deparado el conocimiento de la más asombrosa biblioteca que han imaginado los hombres. Se encuentra esbozada en "La Biblioteca Total" (*Sur*, núm. 59, agosto de 1939) y su exposición definitiva se halla en un relato de ficciones: "La Biblioteca de Babel" (1941). La idea de una biblioteca absoluta que incluya todos los libros posibles está prefigurada por Aristóteles, quien al exponer la cosmogonía de Demócrito y Leucipo —el mundo se forma por la fortuita conjunción de átomos— concluye que una tragedia consta de los mismos elementos que una comedia, y sus diferencias provienen únicamente de la posición o el orden de las veinticuatro letras del alfabeto. Tres siglos después Cicerón (*De la naturaleza de los Dioses*), escribe que así como el mundo es un resultado del concurso casual de diversos cuerpos y fuerzas, podrían componerse los *Anales de Ennio* arrojando a bulto innumerables caracteres con todas las letras del alfabeto. Mucho tiempo después a Huxley se le ocurre que media docena de monos en media docena de máquinas de escribir, acabarían por producir en unas cuantas eternidades todos los libros que contiene el Museo Británico.¹⁵ Lewis Carroll en 1893 observa que así como es limitado el número de palabras que comprende un idioma, lo es también el de sus combinaciones posibles y por lo tanto el de sus libros. Kurd Lasswitz (*Traumkristalle*) acaba por imaginar la biblioteca total, sustituyendo las palabras de que habló Carroll por los universales símbolos ortográficos. A fuerza de simplificaciones (elimina la *q* y la *x*, las mayúsculas y los acentos; limita la puntuación a la coma y el punto), termina por quedarse con veinticinco símbolos suficientes: veintidós letras, el espacio, el

punto, la coma; que combinados en todas sus formas posibles agotarían todo lo que se puede expresar en todas las lenguas. El resultado de estas variaciones sería una Biblioteca Total organizada por el azar y que eliminaría a la inteligencia.

"La Biblioteca de Babel" es una brillante pieza que empieza de una manera ambigua y fantástica, y lentamente va insinuando su semejanza con el mundo de todos los días, hasta convertirse en una original cosmovisión. Se inicia con el siguiente postulado: *El universo (que otros llaman la Biblioteca) se compone de un número indefinido, y tal vez infinito de galerías hexagonales...* a la descripción del mismo, sucede esta afirmación del narrador: *la biblioteca es interminable y existe ab eterno...* *Es una esfera cuyo centro cabal es cualquier hexágono, cuya circunferencia es inaccesible.* Originalmente, había un bibliotecario por cada tres hexágonos; esta proporción ha disminuido notablemente; las epidemias y los suicidios han diezmado a la población, la especie —la única— está en peligro de desaparecer y la incorruptible Biblioteca perdurará, inútil, secreta. En sus anaqueles se encuentran todas las combinaciones posibles (las imposibles también) de los veinticinco signos ortográficos, *número, aunque vastísimo, no infinito...* *Todo: la historia minuciosa del porvenir, las autobiografías de los arcángeles, el catálogo fiel de la Biblioteca, y miles de catálogos falsos, la demostración de la falacia de esos catálogos, la demostración de la falacia del catálogo verdadero, el evangelio gnóstico de Basíledes, el comentario de ese evangelio, el comentario del comentario de ese evangelio, la relación verídica de tu muerte, la versión de cada libro a todas las lenguas, las interpolaciones de cada libro en todos los libros.* No hay en ella dos libros idénticos. Pero por cada línea razonable o por cada justa noticia hay millones y millones de insensatas cacofonías, de fárragos verbales y de incoherencias. Durante algún tiempo se buscaron mucha las Vindicaciones: *libros de apología y de profecía, que para siempre vindicaban los actos de cada hombre del universo y guardaban arcanos prodigiosos para su porvenir.* Miles de codiciosos se lanzaron a buscar su Vindicación, olvidando que entre los infinitos volúmenes que hay en la Biblioteca, la posibilidad de encontrar el suyo era computable en cero. Otros pensaron que lo importante era eliminar las obras inútiles; millones de libros se destruyeron, pero como la Biblioteca es infinita, cualquier reducción a nivel humano es infinitesimal. Un culto sostiene que existe el Hombre del Libro, un bibliotecario que haya recorrido las páginas del libro que sea cifra de todos los demás, y por lo tanto sea análogo a un dios: *No me parece inverosímil que en algún anaquel del universo haya un libro total; ruego a los dioses ignorados que un hombre —¡uno solo, aunque sea, hace miles de años!— lo haya examinado y leído. Si el honor y la sabiduría y la felicidad no son para mí, que sean para otros. Que el cielo exista, aunque mi lugar sea el infierno. Que yo sea ultrajado y aniquilado, pero que en un instante, en un ser, Tu enorme biblioteca se justifique.* El relato se cierra con la tesis pitagórica de la vuelta cíclica de todas las cosas. El bibliotecario-narrador concluye con la siguiente proposición: *la Biblioteca es ilimitada y periódica, si un eterno viajero la atravesara en cualquier dirección, comprobaría al cabo de los siglos que los mismos volúmenes se repiten en el mismo desorden (que, repetido, sería un orden: el Orden).*¹⁶

Magna y loable empresa la de los que erigen bibliotecas, grave la de quienes las destruyen, ardua la de los que las imaginan y escriben; sin los bríos de los primeros, menos apasionado que los segundos, más holgazán que los últimos, yo prefiero estudiarlas, tal vez porque en el fondo sueño con recorrer los inconcebibles anaqueles de la Otra, la verdadera Biblioteca.

inmortal.

¹⁴ A la noción de una biblioteca absoluta, Borges agrega diez años más tarde, la de la infinita relación que un libro establece con cada lector ("Nota sobre (hacia) Bernard Shaw", 1951, en *Otras inquisiciones*): "...un libro es más que una estructura verbal, o que una especie de estructuras verbales; es el diálogo que entabla con su lector y la entonación que impone a su voz y las cambiantes y durables imágenes que deja en su memoria. Este diálogo es infinito... La literatura no es agotable por la suficiente y simple razón de que un solo libro no lo

es. El libro no es un ente incomunicado: es una relación, es un eje de innumerables relaciones. Una literatura difiere de otra, ulterior o anterior, menos por el texto que por la manera de ser leída". Análogamente Reyes escribió en "Apolo o de la Literatura", (*La experiencia literaria*, 1952): "No sé si el Quijote que yo veo y percibo es exactamente igual al tuyo, ni si uno y otro ajustan del todo dentro del Quijote que sentía, expresaba y comunicaba Cervantes. De aquí que cada enteliterario está condenado a una vida eterna, siempre nueva y siempre naciente, mientras viva la humanidad."